

Henry Kamen

2.^a
edición



La invención de
ESPAÑA

Leyendas e ilusiones que han construido
la realidad española


ESPASA

HENRY KAMEN

LA INVENCION DE ESPAÑA

Leyendas e ilusiones que han construido
la realidad española



© Henry Kamen, 2020

© Alejandra Devoto por la traducción, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

© Imágenes de interior: Joseph Martin; Granger NYC; Oronoz y Akg-Images/
Album

Iconografía: Grupo Planeta

Depósito legal: B. 959-2020

ISBN: 978-84-670-5816-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es.

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de **manera sostenible**

ÍNDICE

PREFACIO	13
1. NUMANCIA Y LA NACIÓN ROMANA	19
El asedio de Numancia	21
Los romanos: ¿los primeros españoles?	31
Américo Castro y los «abismos de irrealidad»	40
2. LA PÉRDIDA DE ESPAÑA	43
El conde don Julián y Florinda la Cava	47
Pelayo y la Reconquista	51
3. AL-ÁNDALUS, EL PARAÍSO DE ESPAÑA	57
La aportación musulmana: ¿una época dorada?	60
Convivencia..., pero a la fuerza	64
El legado de al-Ándalus	70
España, ¿impermeable a la arabización?	73
La vuelta al Orientalismo	75
4. EL MITO DE LA RECONQUISTA	79
Un concepto generador de controversia	81
El apóstol Santiago y la batalla de Clavijo	83
El Cid Campeador	89
La Reconquista como motivo nacionalista	92
La guerra santa	95

Los Reyes Católicos y la caída de Granada	97
Rechazo al extranjero	101
5. LA NUEVA NACIÓN DE LOS REYES CATÓLICOS	103
La gloria de Isabel y Fernando	104
Modesto Lafuente y la unidad de España	109
La dificultad del concepto de <i>natio</i>	112
Una comunidad de naciones	119
España: ¿nación o Estado?	122
¿Existe la nación española?	127
6. LA SANTA INQUISICIÓN	135
¿Fue la Inquisición esencialmente española?	137
El tribunal sanguinario	139
El dramatismo del auto de fe	141
Entusiasmo popular	142
La Inquisición española: misterio, leyenda y fantasía	144
La imagen de la Inquisición española en Europa	147
Menéndez Pelayo: en defensa de la Inquisición	150
Ruina, aislamiento y atraso	153
Censura y atraso cultural	156
La Inquisición sin imágenes	160
7. UN NUEVO MUNDO	165
América: ¿empresa en solitario o en colaboración? ...	167
La conquista como una ficción y el conquistador como un héroe	169
Una historia de violencia	176
El terrible efecto de las enfermedades	180
Tierra de esperanzas y de riquezas	182
La esclavitud, principal fuente de riqueza	184
La añoranza de la patria	186
La causa de todos los males de España	189

ÍNDICE

8. LA NACIÓN ÉTNICA	191
El problema de los orígenes étnicos	193
¿Era racista la España clásica?	194
Antisemitismo y limpieza de sangre	195
La cuestión del mestizaje	200
España y el concepto de raza	203
La «raza hispánica»	205
9. LA LENGUA DEL IMPERIO	211
La lengua castellana como base identitaria	212
La «lengua nacional»	215
El prestigio de la lengua española	218
¿Una lengua universal?	223
El «consuelo» de la lengua	227
El patriotismo de la lengua española	229
10. UNA PICA (O DOS) EN FLANDES	235
¿Los amos de Europa?	238
La rebelión contra España	243
Dudas y mitos sobre <i>La rendición de Breda</i>	244
Una enemistad idealizada	251
11. PIRATAS EN ALTA MAR	259
Don Juan de Austria y Lepanto	261
La amenaza de los piratas	267
El desastre de la Armada Invencible	270
Los piratas españoles	276
Los piratas del Caribe	279
Piratas patriotas	285
12. LEYENDAS NEGRAS	287
Julián Juderías y la creación de la leyenda negra	290
Antiespañolismo y victimización	293
Felipe II: el rey enemigo del progreso	295
Felipe II: el gran déspota	300

ÍNDICE

El Nuevo Mundo pasa a ser la ruina de España	305
El atraso cultural y científico	310
Una España romántica en busca de sí misma	312
13. UN PUEBLO CATÓLICO	317
Valores religiosos nacionales y corrupción extran-	
jera	324
La fe cristiana: un legado de España en América	328
El anticlericalismo español	332
Una España no tan católica	335
14. EL IMPERIO COMO CONQUISTA	339
El antiimperialismo	344
El Imperio español como ideología	346
Guerra y nación	355
Gloria militar, pero sin conquistas	358
Un Imperio internacional	364
15. UNA NACIÓN INVENTADA	371
La Guerra de Sucesión y los mitos regionalistas	373
La leyenda sobre el levantamiento de Cataluña (1705-	
1714)	376
La invención de una nación	380
16. EL MITO DE LA DECADENCIA PERPETUA	389
¿Cuándo comenzó la decadencia?	394
La decadencia española surgió en París	396
Cánovas y los males de España	398
¿Decadencia o atraso?	403
La ilusión de la decadencia	407
La decadencia como coartada	410
17. UNA NACIÓN HEROICA	413
El papel de Gibraltar en la invención de España	416
El sitio de Barcelona (1714)	419

ÍNDICE

El alzamiento antifrancés del 2 de mayo de 1808	426
¿Guerra de la Independencia o guerra civil?	431
La Constitución de 1812 y la fantasía de la unidad nacional	433
El arte romántico al servicio de la nación	436
Arte conmemorativo y ¿patriotismo?	439
El impulso de las comunicaciones	445
18. EXILIO Y CREACIÓN	449
La comida y la nostalgia de la patria	451
La emigración a América	453
El regreso de los judíos del exilio	456
El exilio como herencia identitaria	458
19. SUEÑO DE REYES	465
El mito de los Reyes Católicos	471
La monarquía española: una institución siempre en entredicho	476
La nación ficticia	480
BIBLIOGRAFÍA	483
ÍNDICE ONOMÁSTICO	507

1

NUMANCIA Y LA NACIÓN ROMANA

Qué envidia, qué temor, España amada,
Te tendrán mil naciones extranjeras,
En quien tú teñirás tu aguda espada
Y tenderás triunfando tus banderas.

MIGUEL DE CERVANTES,
El cerco de Numancia

Entre los siglos III a. C. y I d. C., el poderoso Imperio romano, establecido por una combinación asombrosa de aventura, ambición, violencia y orgullo, dominó Europa occidental y el Mediterráneo e impuso su voluntad mediante una red de plazas fuertes y asentamientos que le permitieron controlar los desórdenes, las rebeliones y los desafíos a su autoridad, que eran constantes. Al menos algunos de los pueblos conquistados tuvieron ventajas indudables, pero las consecuencias negativas se sintetizaron de forma óptima en un discurso imaginario que el historiador romano Tácito pone en boca de un jefe escocés que se enfrentaba al poderío del ejército romano. «Ladrones del mundo —el jefe acusa a los invasores—, cuando su rapiña generalizada ha agotado la tierra, saquean los mares. Ni el este ni el oeste han bastado para complacerlos y son los únicos hombres que roban por igual a pobres y a ricos. Dan al robo, la matanza y el saqueo el nombre engañoso de “imperio”. Crean un desierto y lo llaman “paz”»¹.

¹ Tácito, *Agricola*, capítulo XXX.

La violencia no era, desde luego, la única cara de Roma. A los pueblos sometidos, el imperio les aportó una administración, una tecnología y la lengua; creó nociones de riqueza, comercio y cultura, y construyó poblaciones y carreteras, pero también les proporcionó una determinación cada vez mayor de librarse del mandato romano y de reivindicar un modo de vida propio. La resistencia se convirtió en el núcleo de su identidad, una de las características fundamentales de todos los imperios. En el siglo II a. C. se produjeron graves enfrentamientos en las fronteras suroccidentales del Imperio, con la consiguiente determinación, por parte de Roma, de aplastar a sus rivales sin piedad. El más serio fue el que presentó el puerto de Cartago, en el norte de África, que había extendido su poder a la Hispania romana, haciendo frente a la oposición que encontró allí con particular brutalidad. Durante la segunda Guerra Púnica contra Roma, el jefe militar cartaginés Aníbal suprimió la resistencia de Sagunto, una pequeña población aliada de Roma situada a apenas 25 kilómetros al norte de la actual Valencia, sobre la que se dice que la población civil prefirió suicidarse en masa antes que caer en manos de sus enemigos (218 a. C.).

Los romanos restauraron las ruinas de la población derrotada, pero el recuerdo de aquel sitio legendario se mantuvo durante siglos. Se volvió a poblar bajo el dominio árabe con el nombre de Murviedro, que conservó durante todo el período medieval y el moderno, y solo recuperó el nombre histórico de Sagunto en diciembre de 1868. El cambio de nombre fue un acto de patriotismo político por parte de la población, que, curiosamente, se había mostrado indiferente a su considerable Historia medieval, aunque decidió reivindicar —con muy pocas evidencias que lo sustentaran— una supuesta continuidad con un asentamiento desaparecido seis siglos antes. La propuesta fue objeto de críticas —se decía que una humilde ciudad de provincias no tenía derecho a identificarse arbitrariamente con una gran leyenda de resistencia heroica—, pero al final fue aceptada. Una y otra vez, los mitos fortalecían la evo-

lución de las identidades en la prolongada y diversa historia de Hispania.

Con el tiempo, Cartago recibió su propio castigo, porque Roma ordenó a un general destacado, Publio Cornelio Escipión Emiliano, que pusiera fin al problema. En el año 146 a. C., la armada romana y sus tropas aplastaron toda resistencia y arrasaron la población para que sirviera de ejemplo. Los romanos llevaron a cabo una política similar de destrucción brutal en otras zonas del Mediterráneo —donde les pareció necesaria— y, sobre todo, en la ciudad de Corinto. En la Hispania romana, el caso más memorable de violencia imperial tuvo lugar en Numancia. El historiador romano Tito Livio comenta lo siguiente: «Así como el destino de Corinto siguió al de Cartago, el destino de Numancia siguió al de Corinto y desde entonces ni un solo lugar en el mundo quedó a salvo de las armas romanas». Nuestra historia comienza —no podía ser de otra manera— con el Imperio romano, porque nos brinda un punto de encuentro para todos los acontecimientos que condujeron a la construcción de Hispania. El nombre «Iberia», que al principio utilizaron los griegos en sus expediciones comerciales, no fue usado por los romanos para referirse a la Península, que ellos siempre denominaron «Hispania».

EL ASEDIO DE NUMANCIA

Numancia estaba situada algunos kilómetros a las afueras de la actual ciudad de Soria. Después de más de diez años de resistencia y rebelión por parte de la población celtíbera de la zona y de sufrir durante un año —las cifras son inciertas— el asedio del ejército romano, el conflicto acabó de forma sangrienta en el año 133 a. C. Podría haber caído en el olvido como un episodio más en la historia del Imperio, pero el destino de la ciudad fue mencionado por varios historiadores romanos y documentado en detalle por el historiador griego Apiano

de Alejandría, quien, al parecer, obtuvo la información de unas fuentes que sostenían haber conocido los pormenores a través de un testigo presencial del asedio. En Numancia, el comandante Escipión Emiliano, que se había hecho famoso por haber destruido Cartago, exigió la rendición de todas las personas y las armas, eligió a cincuenta prisioneros para llevarlos en su procesión triunfal de regreso a Roma y vendió al resto como esclavos. Arrasó el asentamiento y repartió el territorio entre las poblaciones vecinas, con lo que no fue necesario tomar rehenes ni establecer una plaza fuerte. Esta es, al menos, una de las numerosas versiones de lo que pudo pasar.

Los detalles que nos brinda Apiano son tan vívidos como dramáticos. Durante el largo asedio —dice—, debido a la falta de alimentos, los sitiados «hirvieron y consumieron los cuerpos de seres humanos; en primer lugar, los que habían muerto de muerte natural, a quienes cortaron en trozos pequeños para poder cocinarlos. Esta alimentación hizo que su mente se volviera violenta, y el hambre, la peste, los cabellos largos y la negligencia dieron a su cuerpo el aspecto de animales salvajes». «Justo después de la rendición —prosigue—, el amor a la libertad y al valor que existía en esta pequeña población bárbara» les impulsó a cometer suicidios masivos, «y muchos se mataron de la forma que prefirieron, algunos de una manera y otros de otra». El historiador romano Tito Livio afirma que, «asqueados por la cólera y por la ira, pusieron fin a sí mismos, a sus familias y a su ciudad natal con la espada, con veneno y con una conflagración general. ¡Bendita sea aquella ciudad valiente, bienaventurada —al menos así me lo parece— incluso en su desventura!».

Los brutales acontecimientos de Sagunto y de Numancia —recordemos que de ninguno de los dos tenemos evidencias fiables— no fueron en absoluto excepcionales en la historia del poder imperial, que siguió perpetrando atrocidades similares contra las poblaciones rebeldes en todo el mundo habitado. País tras país, a lo largo de los siglos, la leyenda de la resisten-

cia, seguida al final por los casos de suicidios masivos, han fascinado a los cronistas. Los acontecimientos de esta naturaleza han llegado a ocupar un lugar especial en las páginas de quienes después escribieron la historia de Hispania, porque demostraban que las poblaciones de la Península eran capaces de imponer su voluntad, incluso en las circunstancias más atroces, frente a los invasores externos, y eso, en la mente de los cronistas posteriores, contribuyó a crear una impresión de valor y de heroísmo, unas palabras que, con el paso del tiempo, se considerarían componentes fundamentales del carácter de un pueblo. Asimismo, en otra parte del Mediterráneo, el acto legendario del suicidio en masa de los judíos rebeldes que se defendían del ejército romano, que tuvo lugar en el año 73 en la montaña de Masada (Palestina), se incorporó siglos después a la mitología del Estado de Israel. Con posterioridad, los arqueólogos han cuestionado la veracidad de toda la historia de Masada, del mismo modo que se ha cuestionado la historia de Numancia, pero, por el momento, esto no nos incumbe.

La brutalidad no era, desde luego, monopolio de los romanos. Además de las ciudades enteras que se resistían, hubo muchos otros rebeldes míticos contra Roma, como el famoso caudillo Viriato, que se identificaba con la parte portuguesa (Lusitania) de Hispania. Durante casi nueve años, desde el año 147 hasta 139 a. C., Viriato, al frente de un movimiento de resistencia de tribus lusitanas y celtíberas, alcanzó una fama legendaria de general victorioso². Algunos escritores romanos posteriores, como Livio y Cicerón, encontraron motivos para admirarlo por su valor, mientras que otros criticaron abiertamente los acontecimientos previos a su asesinato a traición —mientras dormía—, cometido por soldados romanos. Cuando estos pidieron una recompensa, dicen que su comandante les respondió: «¡Roma no paga a los traidores!». Esta actitud

² Para saber más sobre Viriato, véase Thomas Grünewald, *Bandits in the Roman Empire. Myth and Reality*, Routledge, Nueva York, 2004.

romana favorable resulta curiosa, porque no hay duda de que, según las evidencias arqueológicas, Viriato y sus hombres fueron responsables de masacrar a sus adversarios, tanto si eran romanos como si no. Ni Numancia ni Sagunto tenían, desde luego, nada en común, en cuanto a raza, cultura o lengua, con los pueblos que ocuparon aquella zona geográfica en siglos posteriores —es decir, con los españoles de España—, aunque eso no impidió que su historia se aprovechara como elemento inspirador en las generaciones posteriores. Se adornaron con toda libertad los hechos relevantes y Numancia se convirtió en una leyenda poderosa —ahora lo llamaríamos un «mito fundacional»— que contribuyó a la creación de lo que se daría en llamar «España».

¿Cuánto había de cierto en la historia original sobre Numancia? Disponemos de poca información, y en las versiones de los historiadores romanos aparecen diferencias importantes. Además, hay dudas acerca de la localización exacta de la famosa población. En el siglo XIX, cuando —ya lo hemos visto en el ejemplo de Sagunto— distintas regiones de España empezaron a interesarse por ese pasado legendario a fin de ensalzar su propio papel histórico, se intentaron encontrar pruebas arqueológicas para crear el mito, si bien por aquel entonces la arqueología no estaba demasiado desarrollada en España. En 1803 se emprendieron excavaciones para identificar el emplazamiento de Numancia, pero los resultados obtenidos se perdieron. En 1842, una asociación cultural comenzó a levantar un monumento —fue el primero de muchos— en el lugar, con el fin de estimular el interés del público, pero se quedaron sin financiación. Se hicieron más excavaciones en 1853 y en 1867, pero no se dio demasiada importancia a los resultados, que no se recogieron. Finalmente, en 1882, el yacimiento de Numancia —actualmente se reconoce que está situado en las cercanías de Soria— fue declarado monumento nacional, y ese período pasó a ser el de la construcción del mito. Así lo demuestra una famosa pintura romántica de Alejo Vera, *Numancia*, que se menciona

más adelante. El tema del heroico suicidio masivo aparece en otros cuadros similares sobre la época romana, como *La muerte de Séneca*, de Manuel Domínguez (1871).

Evidentemente, los detalles históricos del mito no se pudieron investigar por falta de documentación, pero los trabajos arqueológicos continuaron. Así, en 1905, el alemán Adolf Schulten, que se encontraba en Gotinga analizando la versión del asedio que daba Apiano, decidió esclarecer los hechos y se dedicó a explorar el yacimiento de Numancia. Su trabajo en el yacimiento soriano, llevado a cabo entre 1905 y 1912 y financiado por el Gobierno alemán, fue recuperado y adaptado por otros investigadores posteriores, entre ellos el arqueólogo José Ramón Mélida, quien proclamó que el objetivo del trabajo era «cumplir la obligación nacional de explicitar el acontecimiento histórico del cual se enorgullece nuestra patria», es decir, que el mito de Numancia se identificaba específicamente con la patria. Un diputado de Soria pidió que se erigiera un monumento que expresara «el respeto de un pueblo por aquellos héroes de la independencia nacional».

Se recurrió entonces al mecenazgo real. En 1905, el rey Alfonso XIII inauguró allí un monumento y, en 1919, el primer Museo Numantino. Las excavaciones confirmaron la importancia del emplazamiento, pero, desde luego, no aclararon los detalles truculentos sobre la estrategia romana que brindaron Apiano y otros cronistas. No obstante, Schulten encontró bastante resistencia por parte de los eruditos y burócratas locales por ser un extranjero que pretendía inmiscuirse en su herencia y, de hecho, una comisión decidió que la investigación de la historia española solo debería estar permitida a los españoles.

Mientras tanto, Numancia ya ocupaba un puesto clave en la mitología española. En reiteradas ocasiones a lo largo de los siglos, en los momentos de crisis, cuando parecía oportuno pedir esfuerzos y sacrificios personales, los dirigentes políticos españoles recurrían al ejemplo de Numancia. La descendencia de los antiguos celtíberos se consideraba inmediata y directa.

Aparecen referencias erráticas a la experiencia de Numancia en escritos e historias a partir del año 1500. El mejor ejemplo del uso que se dio a la leyenda se encuentra en la obra de teatro de Miguel de Cervantes titulada *El cerco de Numancia*, escrita catorce siglos después de los supuestos hechos y representada por primera vez en Madrid en 1586. Era, sin duda, un momento de crisis en aquellos meses difíciles, antes de que zarpara la Armada Invencible, aunque no hay ninguna razón para relacionar el motivo de la obra con ningún acontecimiento negativo de aquella época. Los españoles no estaban en una situación tan desesperada como la que se presenta en el drama, que, al parecer, no tuvo demasiado éxito y prácticamente cayó en el olvido, aunque el tema no desapareció del todo. Entre las obras de teatro que se representaron en Madrid un siglo después, durante la Ilustración, encontramos *Numancia destruida*, de Ignacio López de Ayala, escrita en 1775 y representada en 1778, que fue recibida con entusiasmo, porque glorifica el valor militar español. Debido a este éxito, el drama de Cervantes volvió a imprimirse en 1784.

La obra de Ayala fue la versión que se representó en Zaragoza en 1808, durante la Guerra de la Independencia contra Francia, cuando varios grupos de la resistencia adoptaron el nombre de «numantinos», de modo que se identificaba a los franceses con los invasores romanos. La idea de la resistencia al invasor fue fundamental para el éxito del tema a partir de entonces. La obra, en diversas versiones europeas, se hizo muy conocida como símbolo del espíritu de resistencia español y, al final, no fueron los datos arqueológicos, sino la leyenda, presentada por los dramaturgos de forma convincente, lo que estableció a la población celtíbera como el lugar de nacimiento de lo que los comentaristas posteriores prefirieron ver como el espíritu español, invencible incluso en la derrota³. Según una

³ José Ignacio de la Torre Echávarri, «Numancia: usos y abusos de la tradición historiográfica», *Complutum*, 9, 1998, págs. 193-211.

publicación española que expresaba una opinión que se consideraba incuestionable, Numancia era «el cementerio de Roma». En Roma —decían otros—, el simple nombre de la población soriana producía tanto terror que nadie se atrevía a pronunciarlo.

Durante las guerras carlistas de la década de 1830, el sentimiento público en la región produjo una mayor identificación con los héroes de Numancia, de modo que el nombre se aplicó con frecuencia a asociaciones públicas, calles, tiendas, bares y periódicos locales. El intenso localismo llegó al extremo de pedir, en 1922, que se cambiara el nombre de la provincia de Soria por el de Numancia. En los diversos enfrentamientos locales de mediados del siglo XIX, hubo ensayos y obras artísticas patrióticas que también evocaban el tema. En 1871, un diputado carlista en las Cortes de Madrid afirmaba con orgullo lo siguiente:

Vana empresa la de tratar de imponer cosa ninguna a esta nación que registra en su historia nombres como Sagunto y Numancia, y en sus recientes anales glorias como las de Bailén, Gerona y Zaragoza. El pueblo que perseveró denodado en rechazar toda extraña dominación, desde la cartaginesa, en remotos siglos, hasta la francesa en el presente, tiene ejecutoriada su independencia.

Desde luego, las distintas ideologías adoptaron puntos de vista diferentes sobre Numancia. Durante la Guerra Civil, en la década de 1930, las dos tendencias en conflicto consideraban que Numancia les pertenecía y hubo regimientos de infantería de «numantinos» en ambos bandos. Los nacionales incluso llegaron a rebautizar un municipio con el nombre de Numancia de la Sagra. Rafael Alberti representó en Madrid en 1937 una adaptación de la obra de teatro de López de Ayala para inspirar al pueblo a luchar contra Franco. En la obra de Alberti, los romanos aparecían vestidos con uniformes fascistas, para que

se entendiera mejor la moraleja—. Alberti proclamó que «en el ejemplo de resistencia, moral y espíritu de los madrileños de hoy domina la misma grandeza y orgullo de alma numantinos». Durante el régimen de Franco, a falta de otro símbolo mejor, los vencedores en la Guerra Civil se apropiaron del caso de Numancia, que se presentó como el momento de gloria más importante de la historia de España. Según decía un texto escolar, «el germen de heroísmo empleado por nuestros soldados en Oviedo, Belchite, el Alcázar de Toledo, etcétera, hay que buscarlo en Numancia. Entonces, como ahora, el español no se asustó por el número y armamento de sus enemigos». El fervor alcanzó su apogeo con una publicación de 1968 titulada *Numancia, espíritu de una raza*, que afirmaba lo siguiente: «Esto, en resumen, fue Numancia: la plasmación de lo que somos: espíritu inmortal. Y a Numancia, por tanto, debe España su ser».

Como ya hemos mencionado, la inspiración de Numancia no arraigó verdaderamente en España hasta el siglo XIX, cuando la ocupación francesa se convirtió en el contexto ideal para ello. La obra de Cervantes era —ya lo hemos visto— poco conocida y, por tanto, no parece que contribuyera demasiado a difundir el tema. Es posible que el autor se basara en Apiano, e incluso en la edición que hizo Floro de Tito Livio, pero no cabe duda de que su obra no aportó ninguna sustancia al mito de Numancia y los comentaristas siempre han tenido problemas para interpretar el mensaje que Cervantes habría querido transmitir con su obra. Algunos han tratado de presentarlo como un nacionalista y otros han tratado, de forma menos convincente, de sugerir que estaba condenando el imperialismo español. ¿Qué pensaba el propio Cervantes sobre esta cuestión? Es evidente que su obra no refleja ninguno de los acontecimientos de su época; todos los detalles están ambientados en la época romana, aunque reivindican la España del futuro y también su futuro Imperio, que —así lo describió con orgullo un contemporáneo de Cervantes— tenía

una extensión veinte veces mayor que el de los romanos. Es evidente que la caída de Numancia se presenta como un estímulo para el surgimiento de la España futura, pero el resto es una cuestión de análisis textual.

Numancia representaba, sin duda, una imagen patriótica de España, la tierra natal por la que era un honor morir. Los escritores del siglo XVI no dudaban en identificar la nacionalidad de los numantinos. En su *Crónica general de España* (1574), el historiador Ambrosio de Morales afirmaba lo siguiente: «Llega ya aquí la historia de España a lo más alto de gloria y fama que en estos tiempos pudo subir: pues se ha de comenzar a escribir la guerra de los Romanos con nuestros Numantinos». Una y otra vez, los personajes de la obra de Cervantes identifican Numancia con España; encontramos referencias al «valor de la española mano» y al «valor hispano», un valor que se aprecia mejor en el reconocimiento del sacrificio personal por la patria o, como lo expresó el poeta romano Horacio, «*dulce et decorum est pro patria mori*». En la obra de Cervantes, el dirigente numantino Teógenes manifiesta:

El camino, mas llano que la palma,
de nuestra libertad el cielo pío
nos ofrece y nos muestra, y nos advierte
que solo está en las manos de la muerte.

Numancia aparece en la obra de Cervantes como un sólido mito fundacional, válido tanto para España como para su Imperio:

Indicio ha dado esta no vista hazaña
del valor que los siglos venideros
tendrán los hijos de la fuerte España,
hijos de tales padres herederos.
No de la muerte la feroz guadaña,
ni los cursos de tiempos tan ligeros

harán que de Numancia yo no cante
el fuerte brazo y ánimo constante.

Hallo solo en Numancia todo cuanto
debe con justo título cantarse,
y lo que puede dar materia al llanto
para poder mil siglos ocuparse.
La fuerza no vencida, el valor tanto,
digno de prosa y verso celebrarse;
mas, pues de esto se encarga la memoria,
demos feliz remate a nuestra historia.

El personaje de la obra que representa la Guerra declara lo siguiente:

Sé bien que en todo el orbe de la tierra
seré llevada del valor hispano,
en la dulce sazón que estén reinando
un Carlos y un Filipo y un Fernando.

Según algunos escritores, fue el valor lo que dio lugar a España. Por consiguiente, Numancia era España. Cuando en 1752 se creó en Madrid la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, se hizo con el objetivo de definir los temas más adecuados para promover el patriotismo⁴. En aquel siglo, como ocurrió en el XIX (capítulo 17), el arte definía las características de la nación y el valor era una virtud fundamental. En la lista de temas patrióticos para los ejercicios de pintura, la Academia incluyó Sagunto, Viriato y, desde luego, Numancia. Por aquellos años, la comisión elegida para decidir la decoración del Palacio Real de Madrid escogió Numancia como uno de los temas, junto con otras batallas míticas de la Antigüedad. Nu-

⁴ Alfredo Jimeno Martínez y José Ignacio de la Torre Echávarri, *Numancia, Símbolo e Historia*, Akal, Madrid, 2005, págs. 111-113.

mancia entró así en la corriente dominante de asuntos propuestos para intelectuales y artistas. En 1802, y por primera vez, la Academia propuso a sus alumnos «el final de Numancia» como tema recomendado para sus pinturas. Cabe destacar que esto ocurrió varios años antes de los acontecimientos revolucionarios del siglo XIX que derrocaron la monarquía y que llevaron al campo invasiones, guerra y muerte.

Después de décadas de alabar las glorias imaginarias de los celtíberos, no nos sorprende que Numancia se convirtiera, para muchos, en un símbolo de España y de su amor por la libertad. En el contexto de la Guerra de la Independencia, los dirigentes liberales españoles asumieron el mito de Numancia para mostrar la lucha de los españoles para liberarse del opresor extranjero; en este caso, los franceses. Una de las numerosas pinturas que se hicieron con esta temática fue *El último día de Numancia*, de Ramón Martí Alsina, que obtuvo un premio cuando se presentó en las Exposiciones Nacionales de Madrid en 1858. Más renombre aún alcanzó Alejo Vera con la que, tal vez, sea la obra más conocida sobre este asunto, *Numancia*, que obtuvo el primer premio en la Exposición Nacional de 1881.

Evidentemente, el entusiasmo por el espíritu de Numancia no ha desaparecido, ni siquiera en nuestro tiempo. Se ha dado respaldo constante a las autoridades civiles encargadas de promover la leyenda de Numancia mediante la creación, en octubre de 2017, de la Comisión Nacional de Numancia, con el apoyo del Gobierno de Madrid. El que fuera ministro de Cultura entre 2015 y 2018, Íñigo Méndez de Vigo, afirmó lo siguiente: «Numancia se nos presenta como metáfora de lo que España sigue siendo hoy: alma de libertad y trono del viento».

LOS ROMANOS: ¿LOS PRIMEROS ESPAÑOLES?

La idealización de Numancia no fue, curiosamente, la única consecuencia de la dramática reinterpretación de la Historia.

Aunque resultaba aceptable identificar al futuro pueblo español con los héroes de Numancia, esto causaba ciertos problemas, porque surgió una tradición que insistía en identificar a los españoles con los grandes conquistadores, esto es, con los romanos, pues parecía haber numerosas razones para admirarlos. Los romanos fueron los primeros en ponerle un nombre común —«Hispania», antecesora de la forma «España»— a una península que contenía una diversidad de entidades políticas, y el Imperio romano proporcionó un modelo que muchos consideraban con orgullo el predecesor de su propio Imperio en el siglo XVI. A partir del siglo II a. C., la Hispania romana constituía una región administrativa reconocible que logró sobrevivir alrededor de seis siglos, hasta que los visigodos se adueñaron del noreste de la península, aproximadamente en el año 475. A pesar de la presencia romana, el territorio nunca fue conquistado del todo. Podemos comparar los diez años que tardó César en apoderarse de la Galia con los dos siglos que le costó a Roma dominar Hispania. Durante la mayor parte del período comprendido entre los años 218 y 16 a. C., a pesar de que hubo una asimilación considerable, Hispania siguió siendo una zona de guerra en la que los lugareños luchaban contra los romanos.

Para quienes hicieron una identificación positiva con Roma, el mito fundamental fue tanto geográfico como espiritual. Desde el punto de vista geográfico, «España» (Hispania) se consideraba una realidad peninsular más allá del tiempo, un entorno en el cual tanto los numantinos como los romanos podían considerarse por igual «españoles», aunque no tuvieran absolutamente nada en común con las generaciones posteriores. Desde el punto de vista espiritual, las virtudes del pasado —el heroísmo y la abnegación de los numantinos, el poder y los logros de los romanos— se consideraban características fundamentales de una España emergente, que —se estimaba— ya se estaba empezando a construir y que, por tanto, había comenzado a existir.

La atracción del mito era poderosa y perduró hasta bien entrado el siglo XX.

Ya en el siglo XVI, era natural que los españoles quisieran identificar su nación con los logros de los pueblos que los habían precedido. La clave estaba en que, en 1520, Carlos I de España fue elegido emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, con lo que, al parecer, se podía establecer una continuidad entre el antiguo Imperio romano y el nuevo Imperio, en el que los españoles desempeñarían un papel fundamental. Los escritores proimperialistas de la época, como Juan Ginés de Sepúlveda, cronista de Carlos I, insistían en la continuidad entre el Imperio romano y el de Carlos, si bien es cierto que criticaban los errores de Roma y elogiaban a los nativos de Hispania, como Viriato, que se habían rebelado contra las fechorías de Roma. «¿Fechorías?», preguntaba Sepúlveda. Tal vez, pero, «si cometieron algún pecado, es de creer que lo repararon con sus grandes servicios». Otros comentaban que la expansión de España en el continente americano fue una continuación de la tradición imperial romana. En su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo alabó con estas palabras a los primeros españoles que fueron a América: «Jamás capitanes romanos de los muy nombrados han cometido tan grandes hechos como nosotros», con lo que dejaba clara la continuidad directa del Imperio romano en el Imperio español. Bernal Díaz pedía para Hernán Cortés honores «como los romanos daban triunfos a Pompeyo y a Julio César y a los Escipiones». En la segunda carta de relación que dirigió al emperador, Cortés comparaba la destrucción de Tenochtitlán con la destrucción de Jerusalén por los romanos.

Por su parte, algunos escritores aceptaban esa continuidad —el humanista Antonio de Guevara usaba la expresión «nuestra madre Roma»—, aunque reconocían que los romanos no eran cristianos y habían cometido numerosas atrocidades. El poderío español, como insistía Bartolomé de las Casas, era cristiano y, por tanto, los españoles no debían seguir el mal ejemplo de los antiguos romanos. Afirmaba que los romanos, «presentándose como tiranos ante el género humano, sometieron a sus imperios extranjeros mediante grandes derrotas que hicie-

ron sufrir a sus enemigos y no dejaron de cometer tan horribles crímenes ni abandonaron tan odiosos vicios, sino como de todos es sabido».

A finales del siglo XVII, Benito Feijoo coincidía con Las Casas: «Es verdad que conquistaron los Romanos el mundo. Pero ¿cómo? Del mismo modo que conquistaron a España. Usando de la perfidia, del dolo, de la alevosía, siempre que no podían lograr con mejores artes la ventaja. Si algún caudillo valeroso de la parte contraria los llevaba de vencida, con promesas magníficas disponían que algún infiel doméstico le matase, como hicieron con Viriato». El factor esencial del que carecía la Roma antigua y pagana era el Evangelio. Cuando este se añadió, como ocurrió con la donación papal del Nuevo Mundo a Carlos V, el poder imperial quedaba justificado y España sustituyó moralmente a Roma. A Roma le había faltado esa autoridad espiritual y moral, mientras que la España cristiana sí la tenía. Por consiguiente, el Imperio español no sería un mero sucesor del romano, sino que lo superaría.

A pesar de la diversidad de interpretaciones sobre el papel de Roma en la formación de la cultura y la sociedad tradicionales, había una coincidencia general en que los romanos, mediante su disciplina y su legislación, habían civilizado a los habitantes de la Península y habían sentado las bases de la España futura. Esto se incorporó al mito fundacional, sobre todo en el siglo XIX, cuando diversos eruditos convirtieron prácticamente en ideología el deseo de plantar las raíces de España en una cultura antigua. Se trató de hacer lo mismo en otros países europeos, para proporcionar sustancia mítica a un pasado que no estaba documentado. Según José Álvarez Junco, entre 1830 y 1880, el medio siglo en el que los liberales impusieron su política y su cultura, un objetivo fundamental de los escritos históricos fue «dejar sentada la existencia de “españoles” en “España” desde el principio de los tiempos con conciencia de identidad y decididos a combatir ferozmente frente a los intentos de dominación extranjera».

La simpatía por la imagen de España como heredera directa de Roma procedió especialmente de una tendencia académica, cuyo mayor exponente fue Ramón Menéndez Pidal, quien en 1910 creó el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Menéndez Pidal destaca en la historia de la España contemporánea como el gran investigador de la lengua nacional. El latín había sido el principal elemento integrador de la España romana; en los pueblos de Hispania había ido sustituyendo poco a poco a las lenguas autóctonas y, lógicamente, él lo consideraba un vínculo destacado entre la cultura de Roma y la de la España histórica. Un contemporáneo de Menéndez Pidal dice lo siguiente respecto al Centro de Estudios Históricos:

[...] llegó a ser en poco tiempo algo así como el hogar del más sereno y reflexivo patriotismo. Allí se buscaba con paciente afán, silenciosa y tenazmente, el auténtico ser histórico de la patria en su lenguaje, en su literatura, en sus viejos cantos y romances, en su arte y arqueología, en sus instituciones y su derecho, en sus costumbres, en su música popular. Y el alma de este afán era don Ramón, el gran maestro y el fervoroso y recatado patriota. Se tenía la sensación de que allí estaba encerrado, para mejor conocerlo, el espíritu mismo de España.

Estos investigadores se dedicaban al estudio de un «espíritu de España» metafísico, trataban de definir sus características y defendían lo sagrado de su unidad, una unidad que se consideraba eterna, expresada en un «espíritu nacional» que se remontaba a mucho tiempo atrás y que definía los grandes acontecimientos del pasado como algo esencialmente español⁵. Era el espíritu que encontramos en la resistencia numantina, la rebelión de Viriato, la lucha contra los musulmanes, las campañas del Cid y las hazañas de los conquistadores.

⁵ Grégory Reimond, «L'Hispania aeterna de Ramón Menéndez Pidal. Histoire et Antiquité dans la pensée pidaliennne», *Anabases*, 9, 2009.